

fresco numen para animar el paisaje de la sierra, poblándolo con las sombras de los moriscos capitaneados por Aben-Humeya, el reyezuelo de infausta historia....

Porque todo el que viaja como artista comete anacronismo; vive con sus órganos en el presente, con su fantasía en lo pasado. Nadie persistió en el viaje retrospectivo como Alarcon. Mientras contempla el Mulhacén, acorazado de nieves eternas, sueña con el triste Boabdil, cuyo suspiro de vergüenza aún resuena á través de los siglos, y recuerda los desafueros de los crueles Monfies; al pie del florido cerro de Beznar ingiere un capítulo maravilloso de novela histórica, con sus puntas y ribetes cómicos: el diálogo del candoroso Beneficiado con el rebelde Don Fernando de Valor, que corre al trono y á la muerte. Los moriscos, cuyos huesos ya son un puñado de cal, surgen y pasan llenos de guerrera furia sobre un telón de selva y montaña, que poco habrá variado desde que lo hollaron los cascos del caballo del Reyecillo. ¡Y qué telón!

El nombre de Fortuny acude á mi pluma nuevamente, porque sólo él podría entonar así, graduar la luz de tal manera. ¿Qué prosista no saluda y se inclina ante párrafos como el que sigue, donde se compendia la sensación de la Alpujarra? «Un cielo casi siempre despejado y de un azul puro, intenso, rutilante, empieza por servir de fondo á la decoración, disipando con su viva refulgencia vaguedades, misterios, nebulosos contornos, indeterminadas fantasmagorías. Una tierra cálida y enjuta nutre con la sangre de sus entrañas, y no con el lloro de sus peñas, esos manantiales de luz y fuego que se llaman el olivo y la vid, ó los eliseos frutos que roban sus más vistosos colores al iris. Aquestos valles no contrastan con lo petrificado por el frío, sino con lo calcinado por el sol. Aquestas rocas, lejos de sudar agua, funden y acrisolan metales. Las flores son olorosas y valientes, no obstante la vecindad de los viejos ventisqueros, y el arroyo que baja de las regiones muertas se asombra de encontrarse con las adel-

fas silvestres ó con las ferozmente grandiosas higueras chumbas, orladas de arrumacos verdes y pajizos como las princesas etíopes.» Quisiera no omitir pincelada del rico y jugoso cuadro, y ni me lo permite mi costumbre de citar poco, ni tengo espacio para extenderme tanto hablando de un solo libro. Pero es que en mi concepto este libro, después de *El Sombrero de Tres picos*, es la perla de Alarcon. Novelas mejores por algún concepto que las de Alarcon se han escrito y seguirán escribiéndose: tarde vendrá quien eclipse el original poema de la sierra morisca.

De los *Viajes por España* sólo alabanzas diría yo. Reconozcamos que Alarcon atesoraba singularísimas disposiciones para el género. — En la *Visita al Monasterio de Yuste* resucita Carlos V con el mismo relieve que en *La Alpujarra* y el trágico amante de Zahara y el desventurado dillo Boabdil. — La excursión á Salamanca, con su donoso *discurso preliminar*, me abatió por completo los ánimos, si pu-

diese tenerlos, para describir á *Roma la chica*... ¡Cómo luchar con el recuerdo de la paleta de Alarcon, aun abrigando el convencimiento de que entonaba mejor el paisaje rústico que el urbano! — De *Madrid á Santander* me agrada menos: la tierra santanderina es de Pereda, y nadie pondrá en ella las manos con gloria... Algo semejante ocurre á *Toledo*, brevemente descrito por Alarcon en el mismo volumen: Toledo perteneció antes á Amador de los Ríos y á Zorrilla; hoy Galdós ha reclamado su parte alcuota por *Angel Guerra*. — Alarcon, en cambio, permanecerá reinando sobre la Alpujarra con mejor fortuna que Aben-Humeya, porque nadie le disputará el reino. — Acaso lo más lindo del tomo de *Viajes por España* sea el cuadrito brevísimo, primoroso, del *Eclipse de sol de 1860*... No se puede citar nada de él, á no trasladarlo entero. Es una placa de esmalte.

En los dos párrafos dedicados por Alarcon en la *Historia de mis libros* á sus

*Viajes*, anunciaba la próxima publicación de otro volumen rotulado *Más viajes por España*. No llegó, sin embargo, á publicarse el libro, al menos bajo el título y sobre el asunto que tenía pensado el autor. En efecto: si el primer artículo de los *Ultimos escritos* (obra póstuma que Alarcon dejó reunida y preparada y con carpeta, á fin de que viese la luz inmediatamente después de su muerte), lleva el consabido epígrafe de *Más viajes por España*, el resto del volumen no trata de viajes; y la misma excursión á Granada y á Cádiz mejor parece fragmento autobiográfico que descripción hermana de las que nos hechizaron en *La Alpujarra* y el *Diario de un testigo*. Sin duda que el desgaste de los años y el estrago de la enfermedad habían amortiguado la sensibilidad exquisita, la intensa y plástica percepción de colores y formas que tanto hermocean los *Viajes* alarconianos. Se ha evaporado la esencia.... — Todo se evapora, y esta es una de las grandes melancolías literarias.

Sin faltar al respetuoso miramiento que imponen de consuno la gloria y la muerte, se han juzgado en general bastante débiles estos *Ultimos escritos*, habiendo quien llegó á creer (un artículo de Luis Alfonso lo desmiente) que son raspicias, rebañaduras de escritorio, aprovechadas con un fin de granjería.— Ya sabemos que no es verdad, y añadiremos que el criterio general peca de riguroso. Yo, por mi, sentiría muy de veras que los *Ultimos escritos* se hubiesen quedado inéditos. Son al fin caídos de aquella mágica pluma, y si no añaden blasones á la ejecutoria literaria de Alarcon, basta su interés biográfico para legitimar la publicación y hasta el éxito. No nos detengamos en los *Ultimos escritos* después de insistir en que ni llegó ni á publicarse, ni por lo visto á escribirse el tomo de *Más viajes por España*, y digamos algo del Alarcon costumbrista, crítico, poeta y autor dramático.... que en todos estos géneros picoteó, aunque sin sacar muchos granos de uva sazónada.

Alarcon tenía puesto cierto puntillo de honor en sus méritos de costumbrista, cifrados en el volumen que lleva por título *Cosas que fueron*; y se quejaba amargamente, calificando de *implacables* á los críticos si no le incluían entre los articulistas de costumbres. — Ciertamente que fuera injusto omitir el nombre de Alarcon en la lista de los que en España honraron el género iniciado por Don Juan de Zabaleta, y elevado quizá á la suma perfección por distintos estilos en varios artículos de Larra y en las *Escenas Montañesas* de Pereda; mas ha de resignarse quien cultiva diversas ramas literarias á no descollar en todas igualmente, y Alarcon, maestro inimitable en el *cuento* y el *viaje*, como costumbrista no raya tan alto. Son las letras españolas ricas en pintores de costumbres: el esplendor de este género, derivado directamente de Quevedo y de la novela picaresca, principió antes del período floreciente que se inició á mediados del siglo XIX para la novela propiamente dicha: nues-

tro primer novelista realista (cronológicamente digo), Fernán Caballero, fluctuó siempre entre la narración novelesca y el cuadro de costumbres: el afligranado *Solitario*, el castizo y donoso autor de las *Escenas Matritenses*, el cáustico *Figaro*, el sensato Lafuente, el idílico Trueba, el sagaz Antonio Flores, enriquecieron el género, y Pereda, en nuestros días, le debe sus mejores títulos á la admiración de la posteridad: Alarcon no puede destacarse en primera línea entre tan lucida cohorte. — Sus artículos de costumbres son más bien arpegios, variaciones ó *scherzos* brillantes, de carácter profundamente subjetivo: dígalos el más celebrado entre todos, *La Noche Buena del poeta*.

Si como costumbrista Alarcon es secundario, como crítico es ó nulo, ó nocivo.... — Sin vacilar llamo nociva á la crítica que no obedece á sed de justicia y ansia de conocer, sino á un sistema de denigración, y prescindiendo de examinar el valor y alcance de una idea estética como

tal idea estética, la disloca para encerrarla en las casillas de una ética harto discutible, estatuida á capricho por moralistas de Academia ó de redacción...— que por ventura redacciones y Academias están más próximas de lo que piensan ellas mismas.— Temo resbalar en la pendiente de un examen detenido de las teorías críticas alarconianas, renovando de paso discusiones ya caducas, y entrando en un terreno donde todo habían de ser agrias censuras para el autor del *Discurso sobre la oratoria sagrada*. Y digo que todo habían de ser agrias censuras, porque—estampémoslo con firmeza—yo soy en extremo tolerante para los convictos, y, en cambio, propendo á la severidad con los que no juzgo de entera buena fe.— Esta mala fe á que aludo puede ser á veces, más que deliberada, hija de un impulso secreto de la voluntad, que falsea la razón.— Juzgo además de muy mal gusto y de significación nula ciertos calificativos que Alarcon empleaba, como *manosucia*, *escuela pornográfica*, *infames*

*novelas*, *literatura indecente*, *ola de cieno*, y otros *ejusdem furfuris*, los cuales nada prueban, como no sea un estado de ofuscación y arrebato pasional. Y comprobado este *estado de alma*, creo importuna cualquier refutación. ¿Á qué? Dentro de diez años, lo que sobrevivirá de Alarcon no serán ciertamente sus *Juicios literarios* y *artísticos*.

Ni le sacarían de la obscuridad, cuando pudiese caer en ella, sus versos, que el benigno Valera *prologueó*, en páginas que serían más lindas aún de lo que son si no pecasen de encomiásticas.— En concepto del autor de *Pepita Jiménez*, aun cuando es altamente favorable á la poesía lírica nuestra edad, hay en ella, como páramo ó erial en medio de florido vergel, un período de terrible prosaismo, en el cual vive ó vegeta hoy toda Europa, y singularmente España. En este período tan prosaico y fatal tuvo la desgracia el Sr. Alarcon de venir al mundo. «¡Cruel destino ha sido el suyo!»— agrega el crítico insigne y zumbón.—«¡Menos mal que,

dando una prueba irrefragable de su valor, ha conseguido vencer hasta donde es posible la saña de los hados!»— Como que la poesía de Alarcon se halla exenta de los vicios de la poesía novísima... ¿Cuáles son estos vicios en concepto de Valera?—El exagerado *atavismo* ó culto de la tradición, que trastrueca hasta al poeta progresista ó racionalista ó filósofo en detractor de la edad presente y encomiador de las pasadas (esto rezará con Núñez de Arce), y la afectación de un espiritualismo severo (esto no irá con Campoamor). De todas suertes, Valera declara que Alarcon ni peca de asceta ni de retrógrado; que se parece á los trovadores y á los poetas mahometanos de la Edad Media; que ensaya casi siempre con felicidad todos los tonos, y hasta es capaz de hacer sonar con brío la épica trompa. — Bien sabe Dios que á mí me sería muy satisfactorio estar en un parecer con el Sr. Valera, á quien admiro y reverencio, pero el diablo lo añasca, y por más que hago no me convenzo de que no sea preferible

Núñez de Arce, vuelto reaccionario, diciendo pestes de Darwin y toda su casta, á un rimador tan mediano como Alarcon....

No tienen más importancia las poesías de Alarcon que haber servido de ejercicio preparatorio á su prosa. Todo gran prosador artista, de forma, empieza rimando. Es la educación musical de la pluma; son las escalas y lecciones de solfeo que prestan agilidad á la garganta. De los nueve á los doce años de edad, y de los doce á los veinte, Alarcon dió rienda suelta á su musa, y si condenó á las llamas aquellas tempraneras inspiraciones, pudo hacer otro tanto con las tardías y maduras, pues ni en unas ni en otras hay revelación de poeta, sino gimnasia de prosista que domina el lenguaje y lo amasa dándole la hechura que quiere. Alarcon mismo robustece esta apreciación mía cuando cita el dictamen de Eulogio Florentino Sanz. «Sientes bien la poesía,—dijo el ilustre intérprete de Heine á Alarcon:—pero reflexionas des-

pués demasiado, y *concluyes por expresarla con sobrada claridad y lisura*. No naciste para cantar, sino para pintar exactamente la vida interior y la exterior. No cantes: escribe.» El prosaísmo, la falta absoluta de esa lengua de ángeles que en pocas palabras encierra mundos, es en realidad la ligadura que impide á Alarcon volar sobre las alas de la rima al Parnaso.—Nadie pudo observar este defecto como el admirador del cisne de Dusseldorf,—el de los horizontes infinitos y las tristezas ensoñadoras, el POETA LÍRICO, si alguno merece serlo por antonomasia.

Un solo drama escribió en su vida Alarcon, y al parecer le llegó muy al alma, no su *fiasco*, pues declaran los que reseñaron el estreno que el público aplaudió, si no las críticas periodísticas del día siguiente. Alarcon no tenía epidermis de autor dramático; faltábale eso que llaman *correa*, esa dulce y mansa tenacidad, esa íntima y sana convicción del propio valer *quand même*, que permiten resistir sin

morir de un aneurisma las emociones de la noche de estreno, y la brava ola de la censura que de golpe se estrella contra la obra. Si para cultivar cualquier ramo del arte son conducentes la paciencia y la perseverancia, para el autor dramático tengo estas virtudes por indispensables. Ya sabemos que á Alarcon no le asistían.—Creía, sin embargo, en el mérito de su drama, hasta el punto de autorizar, en la *Historia de mis libros*, el que se represente otra vez, «cuando yo pase á mejor vida. Antes, no».

Dudo que, con permiso y todo, el drama vuelva á representarse nunca. Dos veces lo he leído, y las dos me pareció pobre, falso, afectado y mezquino. El *Hijo pródigo* es cierto Miguel, hijo de un hidalgo menesteroso, que para vivir ha montado una herrería. Miguel se aburre en el poblachón; no siente vocación de cíclope; se cree artista; teje ilusiones, y sueña, como otros muchos, con venirse á Madrid y volar. Fáltale el nervio de la guerra, el dinero, y se lo pide prestado á

cierto Fernando, que es el personaje simpático del drama, uno de esos tipos caros á los dramaturgos, y que por refinar la delicadeza no hacen más que boberías. Ha de saberse que este Fernando adora á una huérfana llamada Dolores, y tiene tratado con ella el casamiento; pero olfatea que adora en secreto á Miguel, y esto basta para que Fernando se coloque en actitud de generosidad sempiterna. Empieza por facilitar á Miguel un puñado de miles de duros para que se vaya á despabilarlos alegremente á la corte en compañía de una de esas aventureras de la *high life*, coco de virtudes provincianas, la Condesa del Sauce. — Ya está atado el nudo del argumento; Fernando, siempre lleno de abnegación, guardando á Dolores para el tronera de Miguel; el padre rene-gando del hijo pródigo; la madre remitiéndole auxilios en secreto; y él *corriéndola* hasta que el dinero se acabe, y vuelva al paterno hogar. Vuelve, y tenemos la consabida lucha entre dos Quijotes; Fernando que todo se lo quiere regalar á

Miguel, fortuna, novia, cariño paternal; Miguel que, tarde arrepentido y empeñado en sacrificarse á su vez, suelta la *noble mentira* de cajón, se finge casado para que Fernando logre á Dolores, toma para sí el viaje al Nuevo Mundo que Fernando proyectaba, y desaparece. — Todo ello es pueril, y al lector no le convence el conflicto, ni le entusiasman aquellos caballerescos fantoches. — Ni Miguel al querer ir á la corte incurre en falta tan grave que justifique la cólera y la cuasi maldición de su padre; ni Fernando obra cautamente al darle á Miguel miles de duros; ni Miguel procede como honrado al resolver con un embuste la situación, pues si Dolores llega á enterarse de que no hay tal casamiento, crecerá su inveterado amor, y crecerá cuando ya sea culpable, cuando ya pertenezca á Fernando su mano de esposa. — ¡Siempre la Moral asociada con el Engaño! — Por eso digo que el *Hijo pródigo* no persuade; y como tampoco divierte, ni arrebatata por bellezas de dicción, profundidades de pensa-



miento ó acierto en el estudio de los caracteres, y además su corte es un tanto anticuado, presumo que no podría volver á representarse honrando la memoria de su autor.

.....

Al terminar el estudio sobre Pedro Antonio de Alarcon, necesito condensar mi juicio sobre el escritor ilustre.—Entiendo que algunos de sus *Cuentos* y de sus *Viajes* no tienen par en nuestras letras. Creo que de sus novelas,—sin que lleguen á tanta altura,—no puede prescindir la historia del renacimiento glorioso de este género en la segunda mitad de nuestro siglo. Añado que Alarcon vivirá más por la *forma* que por el *fondo*, y que su mejor título á la inmortalidad es haber crecido en maestría literaria al par que ahondaba en la genialidad nacional: ser más español cuanto más artista.



## DEL AMOR Y LA AMISTAD

(Á PRETEXTO DE UN LIBRO RECIENTE<sup>1</sup>.)

VAYAN por delante los textos. Son un párrafo final y una nota final también en la última obra del Sr. González Serrano, pensador muy asiduo, catedrático de Filosofía, colaborador de Revilla, y autor de no pocos folletos y libros, ya de carácter doctrinal, ya de indagación libre y varia; en todo lo cual veo suficientes motivos para que, antes de calificar de extraña una proposición suya é impugnarla á mi modo, le pida excusa y le salude cortésmente,—rogándole considere prueba de estimación personal este artículo de controversia.—Ahora la proposición ó proposiciones. Son como sigue:

<sup>1</sup> Estudios psicológicos, por Urbano González Serrano. —Un tomo.—Madrid, 1892.